

UN LIBRO DE MI BIBLIOTECA

Luis Alonso Luengo (†)

Es posible que en el artículo que sigue, firmado por don Luis Alonso Luengo y escrito con toda seguridad por él -a pesar de que el original utilizado no lleva firma-, se hayan cruzado experiencias propias con otras de Ramón Serrano Suñer, debido a su trato frecuente y a sus constantes conversaciones sobre este tema -Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza- y sobre otros muchos.

Aquella tarde cuando el crepúsculo encendía sobre Madrid luces cárdenas de primavera, me hallaba sentado en mi biblioteca rodeado de tantos libros amados y a los que tanto debía mi alma, hundido en el sillón de orejas, casi cerrados los ojos a contraluz del balcón intentando - como dijo al poeta- *librarme del horror de pensar* al que me quería llevar el momento triste de mi alma y, sobre todo, el momento dramático de España, con la podredumbre, la inquietud y la falta de solidaridad social de un ambiente cuya imagen intentaba apartar de mí sin conseguirlo, anegado por el dolor. Y así, casi sin darme cuenta, dejé caer desmayado mi brazo sobre una mesita que a mi lado contenía un pequeño montón de libros, uno de los cuales -volumen diminuto- fue aprisionado por mi mano. Casi inconsciente lo abrí y he aquí lo que leí en aquella página:

Van tres días que mi hermano Francisco no trabaja... sólo sabemos que se nos fue por una senda clara.

Y luego, como si ello fuera una llamada a nosotros mismos:

Hacedme un duelo de labores y esperanzas. Sed -él lo dijo- lo que he sido entre vosotros: alma.

Y como final:

Allí el maestro un día soñaba un nuevo florecer de España.

Dejé bajo mis ojos abiertos el libro de don Antonio Machado por las páginas de aquel adorable poema dedicado a la muerte -1915- de don Francisco Giner de los Ríos.

LA FIGURA DE GINER

¿Por qué la figura de Giner -el maestro de tantas esencias del Espíritu de España- se me apareció de pronto, no fantasmal, sino real, como un misterio hecho vida en el umbral - ya casi final- de mi vida, a mí que en mi juventud y en mi madurez universitaria no milité en las aulas de la institución de enseñanza (la trascendentalísima creación educativa de Giner), sino en ámbitos muy distantes y distintos?

La verdad es que con sus versos el poeta -y ello es el inmenso valor de la *poesía como norma*- nos hizo ver cómo el *fanatismo* - tantas veces adueñado del ambiente español - es una inmensa desgracia, porque ataca a la convivencia, ya que significa el desprecio intolerante por las ideas ajenas a las nuestras y en consecuencia a las personas que las sustentan que, si respetables y austeras en su buena fe, al sustentarlas con rectitud de conciencia, el fanatismo las presenta como símbolo del mal.

¡Qué manera tan sencilla y tan humana de presentarnos Machado al maestro Francisco!, en este caso sin ser atacado por aquel lobo del otro hermano Francisco -el de Asís- al que otro gran poeta, Rubén Darío, atribuyó la facultad divina de transformar la crueldad de la fiera en comprensión seráfica, casi angélica, para en Giner sentir su figura rodeada de la transigencia de todos los espíritus, comulgaran o no con el suyo.

Así, Machado nos acercó a la figura adorada y adorable de Giner. Esa figura a la que tanto debe España, que aquel día de 1915 hacía tres días que no trabajaba porque la muerte lo había llevado por una senda clara, mientras contemplaba las cimas del alto Guadarrama.

Mucho le debe España. Lo primero, una novísima forma de educar a la juventud española, siendo para ello eso

que dijo el poeta: ALMA.

Gran prodigio el que con ello se produjo (hoy reconocido desde todos los ámbitos) el de aquella juventud a la que él educó, hasta los opuestos de otros sistemas educativos que entonces en España intentaron y no consiguieron tener vigencia.

Fue el momento en que la comprensión se abrió paso en los espíritus. Fue cuando un día el liberal Galdós reconocía la altísima valía del tradicional Menéndez y Pelayo o del conservador Pereda, y cuando estos dos altos ingenios reverenciaban a pensadores tan contrarios a ellos como Clarín o el propio Galdós, o el mismísimo Giner.

¿Ello no hace que tengamos nosotros hoy la obligación de situarnos en esa línea de «transigencia» y exaltación de la verdadera virtud -esté donde esté -que nos trazaron los grandes maestros?

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS Y EL KRAUSISMO

La formación filosófica de Giner -se ha estudiado y repetido- era krausista, pero fue gradualmente elaborando su pensamiento en contacto con otras escuelas, conservando siempre el fondo armónico *ideal-realista* y sobre todo su paralelismo con la concepción de la personalidad, y de su misión en la vida colectiva, fundamento de sus teorías de la *educación y la vida jurídica*.

Fue ello como una genial derivación del krausismo que, sin desdeñar la fe religiosa, le hizo en la etapa 1881-1889 crear, al frente de un grupo de eminentes profesores universitarios, la «Institución Libre de Enseñanza», que tanto juego había de dar en la juventud universitaria española de principios de siglo.

Julián Marías en su «Historia de la Filosofía» (*Revista*

de Occidente, 1956), al hablar del filósofo Karl-Krause (1761-1832) y del krausismo como una derivación del idealismo alemán con *fuertes raíces -dice- religiosas y éticas*, no le concede excesiva importancia en la historia de la Filosofía, aunque -dice- tuvo algunos discípulos alemanes como Roeder y Leonhardí, y se nos antoja un poco sorprendido que los tuvo más en Bélgica y en España, donde -subraya- *el krausismo tuvo una vitalidad inesperada*, que él intenta recoger en Sanz del Río -nosotros señalaríamos primero a Fernando de Castro- y que intenta interpretar *por la influencia que los idealistas alemanes, sobre todo Hegel, que unida a la de Darwin, tanta influencia ejercieron sobre los teóricos del socialismo alemán, que así -sospecha- quizá se acercó al nuestro.*

LA RAZÓN PEDAGÓGICA DEL KRAUSISMO ESPAÑOL

A nuestro juicio la razón del krausismo español - y la gran expansión de su doctrina- hay que buscarla en don Francisco Giner de los Ríos, que por sí mismo en sus visitas a Europa y en su amistad, tan hondamente intelectual con Sanz del Río y con Fernando de Castro -los dos epígonos del krausismo español, supo descubrir la vertiente pedagógica que el krausismo llevaba en su seno, y su posibilidad de la adaptación al modo de ser receptivo y de amplios signos liberales -digamos ecuménico- y por rechazo de tantos fanatismos en los que por un lado y por otro había sido pródiga la última historia de España.

¿Supo Giner con ello acercarse así al alma de la España juvenil y universitaria de su momento? Indudablemente. Así, Antonio Machado, que fue uno de los jóvenes formados en la Institución, lo clamó a su muerte diciendo aquello de: *sed lo que he sido entre vosotros: alma*, y con aquellas otras frases que su poema nos ha entregado para los españoles de todos los tiempos, aquello de: *Hacedme un duelo de labores y esperanzas. Y ello, porque así el maestro un día soñaba un nuevo florecer de España.*

EL PENSAMIENTO DE GINER Y LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

Giner de los Ríos, del que se ha dicho que su mecánica espiritual, que le hacía sentirse atraído por el aspecto aprovechable de cada doctrina con una enorme capacidad de incorporación de todo lo positivo al nervio de su acción pedagógica y que centraba *la PERSONALIDAD hallándola -como en todo SER- en su realidad que era la acción*, sostenía que *cada personalidad no era inteligencia pura, sino totalidad orgánica y espiritual por lo que la educación se propone elevar a la plenitud nuestro ser total y su método no ha de ser abstracto ni mecánico*, pues, -decía- *a hacer se aprende haciendo, y su objetivo ha de ser social, humano, obra de paz y de amor*. Partidario de la coeducación de sexos y de la autonomía y extensión universitarias, concebía las distintas enseñanzas en un pie de unidad sin *jerarquías absolutas*.

INTENTOS DE PARALELISMO CON LA INSTITUCIÓN LIBRE DE LA ENSEÑANZA EN EL CAMPO CATÓLICO

Recuerdo cómo en mis días universitarios se sentían aquellas normas de la Institución Libre de Enseñanza que

Giner fundara, tanto que ellas influyeron para que en el campo del catolicismo pedagógico de aquel momento surgieran algunos intentos, pues eran los días del catolicismo social de Rerum Novarum y del presentimiento del Concilio Vaticano II, y ello para abrir campos a nuevos signos pedagógicos y estructurales quizá de posibles fundaciones en aquel ámbito. Pero no surgió en ese campo la gran figura que pudiera parangonarse con la de Giner en el suyo.

Yo viví - desde los 17 años que frecuenté la Universidad Central madrileña- algunos de esos posibles intentos. Voy a referirme, con toda la distancia que a la gigantesca figura de Giner hay que guardar, a dos personalidades, sin su altura, pero quizá con un buen deseo pedagógico nuevo en el campo netamente católico: la de mi catedrático de Derecho Natural de la Universidad de Madrid, Pérez Bueno, y la del Padre Andrés Manjón, con sus entonces famosas Escuelas Granadinas del Ave María, a quien tuvo ocasión de tratar.

Pérez Bueno - hombre ligeramente extravagante- era buen catedrático, muy propicio a la idea de la *extensión universitaria* que hemos visto era uno de los postulados de Giner, pero a su manera. Nos decía a los alumnos: *Conocemos desde la Universidad de Madrid a la Sorbona de París, pero no a las universidades españolas, por ejemplo, de Sevilla, de Salamanca o de Barcelona, y ni somos amigos de los otros estudiantes universitarios españoles... ¿Por qué? Esto tiene que desaparecer.*

Y, ni corto ni perezoso, nombró una comisión de 5 alumnos - uno de ellos era yo- para planear *nuestra extensión universitaria* y por tanto pedagógica. Primero, nos decía, hay que visitar a las otras Universidades españolas empezando por las de Sevilla y Granada.

Y a una y otra nos fuimos, conducidos por Pérez Bueno, aquel grupito designado y otros compañeros adheridos en los que prendió la Causa.

En Sevilla se nos hizo un gran recibimiento en la universidad. Al frente de él, su Rector, apellidado Hazañas (en plural y que nada tenía que ver con el luego presidente de la República don Manuel Azaña). Y tan calurosa fue la bienvenida y tan masiva, que hubo de celebrarse el acto fundamental de ella, que era una conferencia, no en ninguna Cátedra, sino en el Paraninfo de la Universidad, abarrotado de estudiantes. Y fui yo, con mis 17 años, el designado para pronunciar la conferencia sevillana. Mi tema fue el de *El Estado de Necesidad*, pues en aquel momento yo tenía esa materia de Derecho Penal muy estudiada con otro profesor que no veía con muy buenos ojos a Pérez Bueno, que era don Luis Jiménez Asúa, que a mí me tenía también como significado discípulo suyo.

Tras el éxito apoteósico de Sevilla, nos fuimos a Granada, donde nos esperaba el catedrático de Derecho Natural de aquella universidad, Padre Carreras, que había sido hechura de Pérez Bueno, y mantenía las mismas ideas de extensión universitaria de éste. Allí la conferencia la dio Antonio Álvarez Robles, otro de los del grupo que fue más tarde Diputado en las Constituyentes de la República por la CEDA, a cuyo grupo yo pertenecía también. Su tema fue de Derecho Agrario, que era y siempre fue, su especialidad.

Pero en aquella excursión se completó la cosa con algo que nos propuso Pérez Bueno: detenernos en Córdoba para comer con Guerrita, el gran torero, y en su club, que era famoso en toda España. Recuerdo con gran emoción, cómo

la figura de Guerrita se nos entregó ilusionada porque le veníamos a visitar tantos personajes de la Universidad, y era y fue con nosotros un ser simpatiquísimo, encantador y con una charla llena toda ella de un españolismo andaluz de la más pura cepa.

Pérez Bueno quiso antes de marchar de Granada, hacer otra visita a las Escuelas del Ave María del Padre Manjón, donde este ejemplar sacerdote había puesto en vigor unas originalísimas ideas pedagógicas adecuadas a distintos estratos sociales y a las distintas edades de los estudiantes. Desde los jóvenes escolares para párvulos y desde los jardines escolares hasta aquellas otras aulas que podían parangonarse con las Escuelas de Maestría de hoy, y que, empezando por los gitanos del Albaicín, habían roto el analfabetismo y habían elevado en grado sumo una juventud que se extendía ya casi a límites universitarios y a otras muy amplias y variadas regiones de España.

Tengo el recuerdo del Padre Manjón como un hombre simpatiquísimo, con un enorme *don de gentes* y con una capacidad suasoria y de convicción, que le hacía apto para una singular pedagogía, que si se extendió por estratos sociales más bajos que los universitarios, no dejó de tener gran eficacia en su momento.

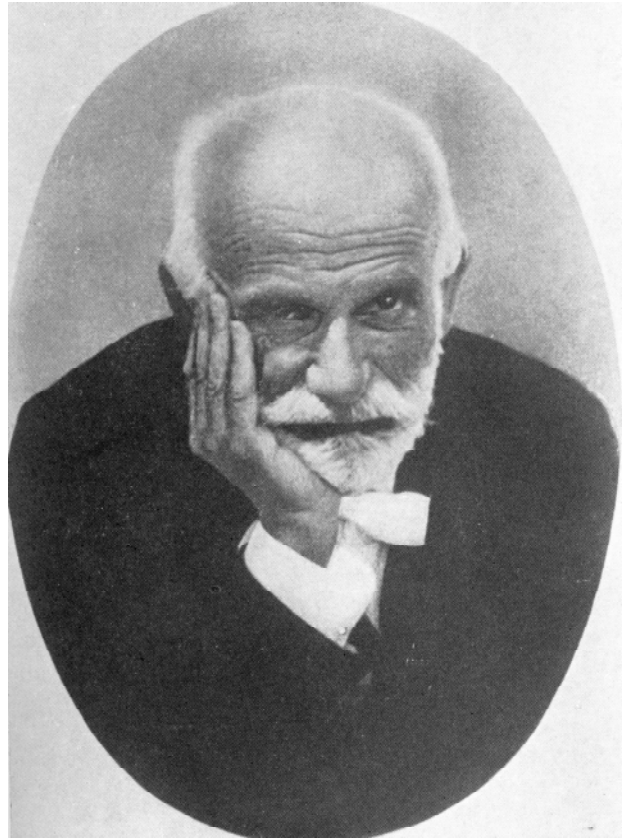
Aquel recorrido de Pérez Bueno y sus alumnos quedó en una mera tentativa, porque, repetimos, ni ese intento ni el más modesto pero más eficaz del Padre Manjón, ni otros que en España se produjeron en el campo católico, encontraron la gran figura que les diera impulso nacional como Giner hizo con su Institución Libre de Enseñanza.

CÓMO GINER DE LOS RÍOS VEÍA A OTROS PENSADORES QUE COINCIDENTES CON ÉL EN ALGÚN ASPECTO NO LO ERAN EN OTRO

Hemos aludido en las notas anteriores a cómo el fanatismo de muchos aspectos de nuestra sociedad, en la época en que vivió Giner y en la que floreció la Institución Libre de Enseñanza, fue abriendo paso a una comprensión generosa de unos pensadores con otros, distintos en tendencia, pero coincidentes en una conciencia de mantener un signo de ser, inyectado, sobre todo, de bondad.

A este tenor, queremos traer aquí la visión que don Francisco Giner de los Ríos tuvo de otro filósofo de su tiempo, que si tuvo ciertas concomitancias con el krausismo, fue sacerdote y militó en la fe católica, aunque muy discutido en su tiempo. Fue don Fernando de Castro, catedrático de Metafísica en la Universidad Central de Madrid y autor del más famoso libro que en el siglo XIX se escribió sobre una historia de la iglesia española. Don Fernando de Castro, al ingresar en la Academia de la Historia, pronunció un discurso que se hizo famoso, no solamente en España, sino fuera de nuestras fronteras, titulado así: *Discurso acerca de los caracteres históricos de la Iglesia española*.

Fue famosa entonces la reputación que de él hizo Navarro Villoslada. Pero fueron también famosas las apreciaciones positivas, que por muchos amigos y enemigos, se produjeron, y, entre ellas, la de Giner de los Ríos. El Padre jesuita actual F. Díaz del Cerio, profesor de Historiología de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, en su libro



Francisco Giner de los Ríos

Fernando de Castro, filósofo de la Historia (1814-1874) enjuicia ese discurso de una manera positiva, desde la mentalidad de la Iglesia de hoy, diciendo: No estaba equivocado Castro porque pedía más libertad, más amplitud, más respeto y aceptación de la individualidad religiosa, individual y de la Iglesia particular. Una situación que fue madurando, dentro del campo mismo católico, y que desembocó en el Concilio Vaticano II. El concilio cuya reunión pedía Castro en 1866 era, sí podemos expresarnos así, no el Vaticano I, sino el Vaticano II.

Pues bien, véase cómo el Padre Cerio recoge la reacción que tuvo Giner ante aquel discurso. Dice así: *Giner de los Ríos lo propone como modelo, dadas las cualidades del autor, su elocuencia, dignidad, piedad y ciencia, especialmente para los demás sacerdotes. El señor Castro -dice Giner-, apartado con firme voluntad de la ardiente arena de los partidos políticos, poseía todas las dotes necesarias para abordar convenientemente los arduos problemas que entrañaba su discurso; y es, en verdad, una lección viva y elocuente para cuantos puedan hallarse en situación análoga, por su modestia y por su dignidad, por su perseverancia y por su moderación, por su piedad y por su ciencia.*

En definitiva, ello nos demuestra cómo Giner enjuiciaba y veía, y elogiaba cuando se lo merecía, el pensamiento y las ideas en campos que quizá no eran los suyos, pero a cuyos epígonos consideraba y estimaba desde el fondo de su conciencia y lejos de todo fanatismo, como ya antes hemos expresado.